

COLECCION PREMIOS

Gabriel García Narezo

verse espejo

**esbejo
AGL2G**

Daniel González Dueñas

Journal de Poesía "Ciudad de La Paz"

COLECCION PREMIOS

verse
espejo



ARCHIVO HISTORICO
"PABLO L. MARTINEZ"

verse espejo

espejo
ojo

Gobierno del Estado de Baja California Sur
Secretaría de Bienestar Social
DIRECCION DE CULTURA
Altamirano y Constitución
La Paz, B. C. Sur

ISBN-968-6133-08-9

PUBLICAR ES PREMIAR

Con esta entrega se cumple el verdadero premio: el del disfrute de un texto que se comparte o que se reescribe con los ojos del lector.

Los organizadores han buscado siempre un nivel de calidad en los textos que se estimulan cada año; por ello han confiado a escritores de experiencia y prestigio la difícil tarea de la selección.

Los poetas sudcalifornianos, tanto los que escriben como aquellos que lo son en el acto de la lectura, dispondrán de una experiencia enriquecedora.

Gabriel García Narezo y Daniel González Dueñas han sido estimulados, cada uno en su oportunidad, con el Premio Nacional de Poesía "Ciudad de La Paz". El verso clásico y el tono natural de la conversación se unen extraordinariamente en **Sóñar despierto**, de Gabriel García Narezo (1987); y el poemario **La raíz eléctrica**, de Daniel González Dueñas (1988) nos alienta, ya que nos damos cuenta que el nivel de calidad de los libros premiados ha ido en ascenso. En este libro encontra-

PUBLICAR ES PREMIAR

mos la sorpresiva novedad imaginativa y la riqueza perceptiva, herederas de las más avanzadas tradiciones de la gran poesía latinoamericana.

Raúl Antonio Cota

Las poetas sudamericanas, tanto las que escriben como aquellas que lo son en el acto de la lectura, dispondrán de una experiencia enriquecedora.

Gabriel García Narezo y Daniel González Dueñas han sido estimulados cada uno en su oportunidad, con el Premio Nacional de

SOÑAR DESPIERTO

GABRIEL GARCIA NAREZO

JORGE GUILLEN

Seudónimo:
MACLOVIO FLORES

SOÑAR DESPIERTO

la y la
avanzada más de las más avanzadas
poesía latinoamericana
GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ

Ricardo Antonio Calz

MACLOVIO FLORES

CON LAS MISMAS PALABRAS

La poesía es el vino del diablo.
SAN AGUSTIN

¡Realidad, realidad, no me abandones
para soñar mejor el hondo sueño!
JORGE GUILLEN

CON LAS MISMAS PALABRAS

Con las mismas palabras que se usan
en su nivel pequeño;
con los nombres que expresan la relación diaria,
elemental del hombre
—boca, pared, espacio, voz, silencio,
árboles, río, calle, luz, mirada—
puedo vestir mi lengua de domingo,
ejercitar la magia,
transformar este mundo.

Todo depende. Si están solas, callan.
Dependen ellas de si las llevamos
en amistosa compañía del fuego,
de los aires, del alba,
del amor, del misterio;
de abrazarlas al paso de la noche,
de ponerles los ojos a galopar los campos
que aquí tenemos, dentro.
Entonces es posible decir: voy por la calle
de unos ojos serenos
atropellando luces por correr alocado
en estas claridades
que se pierden en pozos donde el agua
se mueve a pasos lentos.
Y es posible flotar lentamente en el río
que nace entre los árboles que cantan en el pecho,

los árboles de llama y de ternura
en que nacen suspiros.
Es posible decir que una mirada
nos encendió de pronto,
que los ojos que abrimos resbalaron
despacio hacia una boca, una garganta
y llegaron a un seno que se puso a mirarnos
con la mirada en punta de puñal tomentoso
con que miran con furia, para matar,
los toros.

Todo depende de tener los sueños
rondando noche y día en pos de las palabras,
acechantes, dispuestos a quitarles el juicio,
a soplarles el polvo,
a marearlas en el vuelo del viento,
a despertar en ellas un sentido
maravillado, amante, infantilmente ebrio.
Y así es posible emborracharse en ellas,
a soplarles con ellas a la mujer el rostro
alejando otros nombres
y abanicar con ellas a la mujer el rostro,
al hombre el rostro, a todos esa máscara
para que se desaten y se griten
y canten por las calles que ha llegado la hora
que siempre fue y un día
de lanzar las palabras de música y de sangre
con que a veces se viste la justicia.
Todo depende de si las palabras
se han vuelto poesía.

POBRES

Pobre de quien tomó como alimento
un arrullo sedante y duerme por la noche
en la paz de las cosas
que sólo cobran vida cuando el sol amanece
Pobre de quien no sigue caminando en el sueño
y no lucha en las sábanas ardientes en que yace,
quien descansa en su sombra
y no acecha en el sueño a sus hondos temores,
los asfixia o degüella.

Pobre de quien, a veces, no se vuelve asesino
por los cauces nocturnos en que vaga sediento,
quien no tiene las manos de sombra ensangrentado
con los rojos caudales de sus venas.
Pobre de quien respeta en la noche profunda,
del que no se libera,
del que por ley se calla cuando duerme,
del que tiene el silencio por almohada
y no grita al misterio tapizado de estrellas
ni se encrespa en la noche, ni rasga su garganta
con suspiros de muerte.

Pobre de quien no ama por la noche
a la mujer prohibida,
quien no pone en el sueño de otra mujer lejana
la pequeña semilla

que igualmente trastorne su descanso,
que la saque de quicio y le despierte
la mirada por dentro,
los huesos que le tiran
del corazón dormido hacia la tierra
y la vistan con alas, la levanten
ingrávida del suelo.

Pobre de quien no tiene por la sombra
luciente de los sueños
un rincón de ternura,
de quien no se enternece con los ojos cerrados
y llora silencioso algo que se ha perdido,
algo nunca encontrado:
un estremecimiento, un abrazo de bruma,
un beso tan pausado como un copo de nieve
que dé a la sed nocturna
el saludo de un labio dibujado en el agua.

Pobre de quien despierta de la noche
y con la luz se olvida de los sueños que acaso
lo rondaron, se viste
como todos los días
con miradas domésticas, sin brío
y jamás se decide,
y jamás se desnuda,
y jamás se confiesa a los pocos amigos,
a la mujer soñada.

Pobre del manso, débil, semimuerto
que no rasga su carne y se demuestra
alguna vez, alguna, para decir que vive.

Pobre de quien se calla
desde su nacimiento hasta el ocaso.
Pobres de las mujeres y los hombres de piedra
que no se hicieron nunca de la materia viva
que sus padres unieron
en el más vivo instante de una noche;
fuego, temblor, centella
para un ser verdadero.

ENTRE LA NOCHE Y EL DÍA

Alba, no. Aún la noche
que quiere despedirse, pero alienta
oscuridad y sombra entre sus dedos.
Mujeres que despiertan con los ojos sonámbulos
antes de ser trabajo
y ni siquiera quitan de su azotado cuerpo
la cercanía del hombre que se hundió en el silencio
buscando por instinto su carne fatigada.

Hombres que se despiertan con la barba crecida,
insatisfechos, turbios,
renegando con todas las entrañas
de una noche que tuvo sólo un débil recuerdo
de lo que amor pudiera una vez haber sido.

Niños que todavía se acurrucan, se estiran
cerrando los oídos al sonar de campanas
y a ladridos de perros persistentes, lejanos.

Alba de noche aún en una casa insomne
donde nadie ha dormido,
donde unos rostros lívidos no saben
que la vela se acaba, y que el caillado muerto
que apenas iniciara hace poco su muerte
ya nada necesita:
ni el acre aroma denso que abandona las copas
acompañando al humo, al café y a la angustia
que se quedó velándolo en su caja.

MIENTRAS LOS AIRES PASAN

Un muerto. Poca cosa. Un animal extraño
que heredó el pensamiento,
que heredó la costumbre de no pensar a fondo,
un heredero tímido
que por instinto hizo lo que todos:
algunas criaturas, vender mal su trabajo
y despertar los sueños balbuceantes,
ansia de adivinar un poco
por qué estaba viviendo
la vida prolongada de un cadáver.

Ahora se duerme en serio, de verdad, y se calla
lo que hubiera querido conocer y haber dicho.
En silencio lo miran con la pena reseca
los que supieron algo de su vida y repiten
lo de siempre: tan bueno, qué desgracia, es que el pobre,
nunca bebió, sucede, aquella pulmonía,
el café, lo que tienen, qué hora es, ya descansa.

Velos negros, ajados, sucios cuellos abiertos,
ojos cayendo, críos, cigarros aplastados
y el muerto, con la recta nariz hacia la altura
venteano los aires de la terrible noche,
husmeando el olor de su ropa severa,
la de su antigua boda, que no pudo abrocharse
porque cuesta trabajo vestir de gala a un muerto.

Alba, gris. Una chispa de sol anaranjado
pasa por las cortinas y lanza un rayo espeso
sobre la caja negra.
Amanece. La viuda se levanta. Se mueve

sin hacer ruido. Mira
la cara del esposo, este desconocido
s'in horario legal, sin horas fijas
para acallar un hambre que no tiene,
para cumplir trabajos que ya nada le importan.

Alguien, despacio, abre una ventana.
Curo dice: hace frío.
La viuda mira al muerto. Quisiera hablar. Se guarda
las palabras, lo insulta con cerrado silencio,
con la feroz envidia
de quien debe vivir un poco más.
El alba
se ha puesto su vestido más azul.
Es de día
y empieza la mañana.

MIENTRAS LOS AIRES PASAN

Densa la noche, la ciudad se limpia
tras de una lluvia de repente y fiera
que ha dejado en el aire la fragancia lejana
de los montes.
No sé cómo los campos se respiran
aquí, sin horizontes.
No sé cómo en las calles se pasean
las ramas de los pinos
y el fresco aroma de la yerbabuena.
No sé cómo las calles y avenidas
se volvieron laderas con arroyos sonando,
barrancas que tapiza la suavidad del musgo,
la encrespada maleza
que sigue goteando callada, en el silencio
sonoro de la sierra.
No sé cómo las calles, de piel tersa y lavada,
se han vuelto femeninas
y el aire me desnuda como una mujer llena
de todo amor, rendida,
que se me pega al cuerpo y en la piel se me queda
con un abrazo y un escalofrío.

Marcho. No veo las casas. Sólo brillos de sombra
y de humedad me llevan

en esta noche, lento, respirando caminos
 que llegaron de lejos y en la lluvia bajaron
 para vestir de gala esta ciudad sin nombre
 con la esencia de la naturaleza.
 Marcho. Llego hasta el borde, hasta el límite mismo
 donde ya no hay hogares, oficinas, semáforos,
 mendigos, prostitutas, sacerdotes, hoteles,
 automóviles, cárceles, hospitales, cantinas.
 Frente a mí están los campos.
 Me asomo a la ventana de esta noche amorosa.
 Se ha despejado el cielo. El aire vuela, el aire
 que hace cantar las voces de una oscura garganta.

Con la ciudad dormida ya a mi espalda,
 escucho no sé dónde
 un diálogo, susurros, lentos, largos gemidos
 que una mujer y un hombre se dan en el aliento,
 las ardientes palabras
 que se han dicho, se dicen y se dirán por siempre,
 iguales y distintas, cada cual en su idioma.
 Se abrazan y se dicen, inventan el misterio
 con el fuego nocturno naciendo de sus labios.
 Se miran hasta el fondo de los huesos triunfales
 y se besan a ciegas, rabiosamente, ausentes,
 mientras los aires pasan y sonríen,
 mientras los aires callan
 porque ni al mismo viento lo que pasa
 le importa.

Si cuando vas llegando más allá del crepúsculo
 y tocas la frontera de la noche
 sientes volar tu espíritu con la misma alegría
 que en la mañana tuvo,
 es que eres joven.
 Si eres así, contéplate sin miedo,
 reconócete en calma, felicita
 la condición más noble de tu cuerpo,
 pues tendrás al alcance de la mano
 todas las maravillas que resisten
 el paso gris del tiempo;
 a la vuelta de todas las esquinas
 encontrarás el goce inesperado
 de los descubrimientos,
 verás al aire desfilan temprano
 en muchedumbre y con vestido nuevo,
 verás llegar aromas, altas cimas
 con sus pinos serenos,
 orillas de la mar, el oleaje
 con la sal en el viento,
 verás los parques de infantil sonrisa
 abriéndote los brazos,
 encontrarás en todos algo del bien posible,
 serás el compañero
 de los desconocidos que caminan sin rumbo,

desclavarás al triste de su cruz lastimosa,
 le darás tu saludo,
 le quitarás un poco de su terrible peso;
 serás, es muy posible, el inconforme
 opositor, manifestante acaso,
 pacifista, de sueños andariego,
 buen amigo y amante.

Pero si te amanecen los días ya cansados,
 si en el alba te sientes igual que por la noche,
 entonces, compañero,
 pobre de ti; no importa la edad con que te vistas.
 Tal vez seas rentista, vicario, policía,
 enterrador, banquero,
 mecanógrafo, sastre, diputado,
 albañil, jardinero,
 pues no importa el oficio, ni tu nombre o la cifra
 que acredite tu edad.
 Si de tu lecho
 te levantas sintiéndote lo mismo
 que en la víspera,
 ni tendrás voz para cantarte vivo
 porque llegaste a viejo.

MEMORIA DEL CUERPO

Despierta, vuelve, se levanta el cuerpo
 en su lejano instante, aquellos días
 en que el hombre lo fue por vez primera
 cuando empezó el recuerdo.

Otra vez, animal en carne viva,
 vigilante, en acecho
 del sonido más leve y de los pasos
 cautelosos del viento.
 Otra vez con los ojos afilando pupilas,
 sondeando la noche.

Otra vez con la piel tensada, sensitiva
 y el olfato de nuevo
 cazando los sudores distantes, los aromas
 de las fieras lejanas, enemigas.

Y por primera vez con la memoria
 humana y animal del primer hombre
 que recordó los tactos, los sonidos
 y el olor del aliento:
 todo lo que a los hombres pulidos por la historia
 se nos fuera cayendo, quedando en el camino.

Esta noche, en la sombra,
 se levantó en mi carne la memoria del cuerpo.
 Llueve despacio, en calma.
 El viento leve espesa su huella en el silencio.

Tiembla la piel, eleva su granazón de poros .
 Los oídos escuchan voces, nombres.
 El olfato está alerta. Los ojos van corriendo
 como en la luz del día.
 Vuelvo al ayer dormido:
 lo abrazado, besado, respirado, redobles
 de corazón a pares, resplandores, hogueras,
 torrentes de metales derretidos.

Tiembla la piel. Hasta mi origen vuelvo.
 Soy un hombre desnudo que regresa
 al milagro de ser en aquel tiempo,
 animal-hombre en busca de su presa
 que esta noche inaugura
 la terrible memoria de su cuerpo.

No para el sueño. No las palabras despiertas,
 las palabras del día que caen, son una costra
 de escamas y ceniza.
 Se caen, piel de lagarto sobre plumas de garza;
 se caen, flores de piedra sobre la nube en vuelo.

Las palabras del día son un ropaje bueno
 para andar por el mundo,
 sin el vestido pardo que se ponen los pobres
 y se lava, se tiende en un aire de noche
 para servir de nuevo cuando despierte el alba
 a la vieja costumbre de pedir pan, calor,
 una sonrisa,
 y para preguntar qué instante, qué camino,
 y para no saber que vuelan mientras callan,
 se van, nunca regresan.

Las otras, las nocturnas, las del sueño intermedio
 son un fluir de voces, de imágenes, atisbos,
 lázaros renacientes que cuentan sus secretos,
 pequeñas primaveras que vuelven a ser verdes,
 pasean entre células desveladas, intentan,
 derrumban en la sombra sus claras catedrales,
 cruzan cuevas medrosas,
 abren antiguos tajos,

OTAVIO Y OTAVIO

hacen que el corazón hile de nuevo
su tejido de amor:
aquel rostro, aquel eco que ansiábamos oír,
que jamás trae respuestas.

Pero en el más profundo de los sueños profundos
hay seres a quien nadie ha bautizado, seres,
cosas, vuelos, sonidos, intuiciones, ausencias
que ahí están, que de pronto no sé dónde aparecen,
no sé de dónde llegan, que nacen no sé dónde
y están aquí, se muestran, parpadean un instante
sin que pueda la boca imponerles un nombre,
una palabra propia y sólo suya.

En el sueño profundo son apenas destellos,
rasgan la oscura noche del cuerpo y su otra vida
y eso son, el relámpago
que ningún juez ha inscrito, ningún índice, nadie
llevó a ningún registro civil de las palabras,
ningún poeta al verso,
nadie fijó con letras, clavó ya para siempre,
disecó en mariposa.

Y en esa muerte viva que ni siquiera sabe
qué cosa es diccionario
las garras opresoras de una nostalgia muda
hacen llorar por esa misteriosa presencia
que se nos fue lo mismo que apareció en la sombra:
virgen, desconocida.

BALADA DE LA S PARA

IBA SOLO Y CALLADO

Voy por el monte. Marcho
por un paisaje antiguo entristecido.
El cielo, azul, arriba, está limpio, lavado
y con nubes blanquísimas
que lo recorren lentas .

Estoy solo. La sierra tiene la carne pálida,
casi desnuda a fuerza de recibir el golpe
de las aguas y el viento.
Ando a solas, callado. Me detengo
cuando un nopal me enseña la perfección del óvalo
donde se clava el aire,
cuando la garra múltiple de la gata biznaga
me llama desde el suelo,
y cuando los lagartos
que heredaron el gesto de la antigua fiera
sepultada
escapan de mi sombra.

Soy el acompañante de la presencia viva,
atisbante y en calma
de lo que está naciendo y brota de la tierra
tanteando en el aire.
Soy el acompañado por la presencia triste
de lo que está muriendo y se apaga de pronto
en polvo amor de un día
hoy es fuego apagado.

Sopla el aire, se mueve
un conato infantil de fina polvareda
amarilla y cansada,
una pátina suave que todo lo envejece.
El aire está volando sobre las tiernas cumbres
serenamente, unánime.
Pero yo estoy.
Y nada me niega la palabra de hermano y compañero.

Se llena la montaña de humanidad, se esparce
la soledad sin drama de la naturaleza.

La serranía tiene, perdiéndose sin prisa en la distancia,
la suavidad del pecho,
la dulzura del vientre,
la curva de unos muslos de muchacha.

BALADA DE LA B PARA UNA BOCA

Boca con beso abierto y bienllegado,
quizá sólo basura, tal vez un buen suspiro
casi balando en celo de mujer que se asoma
al balcón de su blusa que perdió los botones.
Acaso brisa, el aire
bañado en las blasfemias de borrachos que lloran,
de burgueses burlones
sentados en benditos billetes y bienaventuranzas
para un cielo bancarlo.

Una balada breve, una voz de poeta
que está casi en amor y ruge brasa,
produce versos sin haber comido
porque el pan de justicia
está por esas cárceles del mundo.
Una breve balada
con un poco de blanco y de ternura
si el buen Señor nos habla al borde mismo
del Mar de Galilea.

Pero en definitiva la b se me desmanda
y balucea. Es un niño
que busca su alimento, su amor, su continente.
Así es mejor: un beso con b larga,
un beso aborascado con abuso y gemir

que, de labiales, se harán labiodentales,
un beso con mayúscula de bestia abandonada
que ha encontrado la boca
que buscaba la suya.

BAUTISMO

Lo que se calla, muere.
Lo que se nombra vive arropado en el aire
intacto del silencio.
Daré la vida a lo que por los ojos
llega hasta mí buscando con su imagen
una palabra justa que bautice
lo que estaba en el limbo, en la antesala
del ser, un nacimiento
que defina su carne vertebrada,
un dedo que señale su tronco, su ropaje,
sus rojos filamentos,
su vaivén en el aire
y lo mida, lo pese, lo penetre,
haga sonar el viento
con un nombre bautista que le diga:
tú eres, reconóctete, levanta
tu existencia a la luz, porque has nacido
gracias a la palabra.

Lo que se nombra vive mucho más que una vida.
Esta piedra del monte no es igual a la piedra
que se duerme en el polvo a orilla del camino;
tampoco es esta piedra que lanzó al aire, y vuela
con un rumor de pájaro,
ni esta piedra que muele el trigo en el molino,
ni la que en esta tumba dejó abiertos sus brazos.

Lo que se calla, muere.
 Por eso, día a día, noche a noche
 con mis pasos paseo.
 La soledad inmóvil que se duerme en: la sombra
 es mi campo. La cruzo.

Y para que la noche resucite en el alba
 y se haga noche el día,
 llevo abiertos los ojos, voy mirando las cosas,
 voy hablando en voz alta.

Hay mujeres de sombra
 en las que penetramos con la mirada ciega,
 en las que nos metemos con el vuelo murciélago
 que en su radar se fía,
 pero que nada encuentra:
 sólo la oscuridad indescifrable
 de un mundo sin caminos.

Hay mujeres sin voz,
 paredes adornadas con piedra endurecida
 y ladrillos sin boca, habitaciones yertas
 con armarios vacíos,
 con mesas sin manteles
 y sillas en que nadie fue invitado a sentarse,
 y además,
 una cama vestida de silencio purísimo
 y de hielo callado.

Hay mujeres que usan el vestido por fuera
 sólo como una máscara,
 tal vez como promesa.
 Son desolados seres, arropadas imágenes,
 estatuas concebidas con andamios y huecos,
 madera apolillada como los cuerpos santos
 que en las naves sonoras de las iglesias pobres
 acicalan su rostro con un baño de estuco
 y se visten de luces, y en aroma de cirios apagados.

Hay mujeres de luz y de garganta viva
 taladradas de lumbré,
 rebosantes de voces aun cuando estén calladas,
 mujeres de milagro
 engendradas en ríos de cauces musicales,
 gestadas en el viento,
 paridas en la aurora que despierta a los pájaros,
 edificios que amueblan herencias ancestrales
 y raíces antiguas que en ellas continúan
 sintiendo que no han muerto.
 Son las que no requieren el pregón de su nombre
 mujeres que son rayos,
 que aposentan la cuna del estremecimiento
 y sin querer nos dejan clavados, convertidos
 en un fuego anhelante que quiere ser en ellas
 amor en doble antorcha.

Estas son las que quiero.

VISITA AL MAR

Estoy andando el mar.
 Bajo mi piel desnuda
 la pradera más verde se desliza
 y en el agua del sol mueve sus brazos
 de muchedumbre niña.
 Es mediodía.
 La luz descende de este cielo líquido
 del que redes vibrantes han quitado
 todo rastro de nube.

Entra en el mar la luz como en su propia casa,
 se funde en él, se hermana con las sales
 y resplandece y juega en la llanura
 donde mueven las algas su unánime cadencia,
 donde las algas son manifestantes
 que levantan los brazos reclamando
 lo que en justicia es suyo.

Es mediodía de mar. No mueve el agua
 ni un ademán que rompa los espejos
 de esta siesta marina.
 Cruza un vuelo de peces amarillos.
 En los manglares respuntean las aves
 sus pañuelos que duermen
 en el aire dormido.

No sé por qué milagro estoy despierto
 con todos los sentidos caminando en el mar.
 En esta hora, mi fiel obligación de cada día
 es vivir en un tiempo encarcelado,
 en un tiempo de pájaros que gimen
 su gran sueño de asfalto.

Y yo camino el mar.
 Miro la playa, el vuelo de las aves resbalando
 a contraluz, flechando las pupilas.
 La brisa orea mi tez y me acompaña.
 No es cierto que esté solo.
 La luz es de verdad, recién llegada
 y sin señal del hombre.
 No hay barreras
 entre el Sol abrasado que me mira de lejos
 y el júbilo infantil de la marea.

No hay señales del tiempo. Es cualquier hora,
 cualquier año. La vida es esta lengua
 que pronuncia palabras siderales
 en el mar, en la tierra.
 El tiempo es este mar de tibia aurora,
 este mar vegetal verdeamarillo,
 este bosque de mar con esta niña
 que aparece desnuda
 y deshace en el agua su sonrisa.

Está en algún lugar del universo,
 en una luz de sombra, abierta, impenetrable.
 Está en algún lugar, en el silencio
 que a todas las palabras da nacimiento y muerte,
 y en esa infinidad del equilibrio
 y el vuelo de los astros
 que entre sí se mantienen como una telaraña
 con gotas de rocío.

Aquí confluyen todos los caminos de estrellas,
 y las constelaciones, y las joyas galácticas.
 Todos van acudiendo desde todas las órbitas
 a la voz de la madre,
 a la absorción materna,
 a la entraña materna que atrae en el espacio
 los hijos incontables
 unidos a su vientre.

Todo vuela hacia allá atraído sin pausa,
 por su cauce medido,
 hacia el ojo invisible que no tiene pupila,
 hacia la boca abierta, útero padre y madre
 donde el aliento cósmico disuelve en puros átomos

la creación entera,
 el polvo vuelve al polvo
 y es otra vez parido en el parto sin tiempo.
 Un ciclo más, el golpe de un latido,
 la diástole que cuajará la sangre
 en claras nebulosas.

Allá voy. Yo volando con los brazos abiertos,
 estrella pensativa, parte del ser nacido
 en la matriz lejana, criatura celeste
 hermana de otras luces
 desprendida de aquella maternidad sin nombre
 creadora de cielos y de tierras
 que habrán de ser comidos, mezclados en su origen,
 devueltos a su infancia,
 a su eterno camino.
 Por los siglos de los siglos, sin fin.

Dormir. Tal vez soñar en el espacio
 donde todo es posible, donde vuelo
 como un soplo en el aire.
 Tal vez soñar. Fluir
 como un suspiro lento,
 con la luz apagada de una estrella que muere.
 Dormir. Soñar desnudo sobre tu piel rendida. x.
 Ser aleteo en tu cuerpo como tu propia sangre
 que volviera del viento
 cuando soñabas sueños de paloma.

Soñar que estoy volando por tu pecho de niña
 y que bajo sus bóvedas sonoras
 busco aquellas palabras que por aquí nacieron
 para decir que estabas encendida.
 Volar en aletazos de vendaval furioso
 por montes afilados por el hielo.
 Volar entre las ramas cristalinas de frío,
 ser un hálito negro
 en las hondas barrancas por la sombra vestidas.
 Petrificar el cuerpo del rocío.
 Acompañar las nubes que se van desgarrando
 por los cerros
 y a jirones se quedan en la tierra mojada.

Tal vez soñar.
 Ser agua en el torrente que baja como un niño,
 descansando
 en los remansos curvos con arena enjoyada
 donde nacen los peces,
 donde aprenden los peces a ser agua en el agua.

Tal vez soñar despierto.
 Ser otra vez contigo
 un resplandor de instantes en el fuego.
 Ser un viento celeste que no acaba.
 Dormir en ti sin sueños.
 Quedarme en tí, dormirme sobre tu piel, quedarme
 bebiendo lo debido,
 tocando lo tocado con un vuelo suspenso, apaciguando
 Quieto y no muerto, la más fiel imagen
 de la memoria, del amor sin peso,
 del Imposible olvido.

PAJARO PROFETA

Casi ráfaga. Casi hoja en el viento, planeando
 con su color de mar bajo las nubes
 y el Sol detrás, moviendo su despliegue
 de inacabables luces.

Casi pañuelo dando despedidas.

Pájaro solo bajo palio, en rayos que oblicuan
 sus espaldas.

Pájaro en aire verde de musgo, de follajes
 que se difunde en ondas.

Pájaro en lluvia y noche, en tarde y lluvia,
 en truenos que atemorizan nidos,
tibias guaridas y silencio tibio.

Pájaro colibrí de tornasol que zumba,
 se hace soplo en color,
 chispazo omnipresente, ojo redondo en sangre
 atravesando.

Pájaro gris puñado de tormenta, aire mojado
 que nos toca la frente.

Pájaro llanto negro con azul de zanate,
 cola que abanica lo oscuro, lo hace niebla.

Cabeza que taladra cuando levanta el pico.

Pájaro de repente recuerdo, latigazo, aquel día,
 aquel feroz instante, aquel tacto mujer en el costado
 que duele con dulzura cuando se manifiesta
 en aleteos blancos de fantasma.

Pájaro abeja, oro de polen, fledha cruzando el tiempo
samen del universo, canto de crepúsculo,
canto en boca cerrada, en la sangre que late
su rosario de eternidad,
enclende su metrónomo desajustado,
dice señora mía, pajarea, se levanta
por encima del monte.
Pájaro que de pronto encuentro en mi bolsillo,
en medio de la calle, en el parque invernal
vaciado de amantes,
entre las ramas muertas por el avance lento
de la ciudad, del cáncer,
en un filo de nube,
no sé cómo, no sé
de qué manera mágica sobrevive en milagro,
surge, calla, renace de repente,
jilguero concebido en amor
entre ladrillos,
de repente cenzone de cuatrocientas lenguas,
traductor simuláneo de todas las palabras
que no pueden callar si es que este mundo
ha de seguir girando, navegando
con sus luces de vida, con un canto de aves
entre las soledades y los astros.

Pájaro repitiendo lo que habrá de pasar,
lo que algún día,
anticipadamente pregonado.
Lengua a gotas sonando su campana,

su insistencia de vibración profética.
Pájaro que tan sólo se aparece al que sueña
los sueños que soñaba cuando era una semilla
pequeña de manzana,
brillo azul de amatista,
niño cristalizado en un sueño materno.
Pájaro nada para quien **no entiende**
que lo que está viviendo es contravida,
para los que no saben lo irremediamente
que estas voces
escriben en el sueño las letras y las pausas
de nuestro milagrero ser viviente.

Pájaro que recoge con el pico estos muertos
que se van deshojando sin adioses, ocultos
con la humildad de los predestinados
que acaban sin familia, sin las cuatro paredes
conocidas,
sin sus cuatro suspiros.
Ave tierna piadosa que recoge los muertos
que no pagan esquelas,
que levanta los ojos de los pobres
que se apagan sin ruido,
que siembra las sonrisas tristes de las muchachas
que no amaron
y canta por los que no supieron
cómo se escribe cántico.

A veces, por la noche ataviada en duelo,
por la aurora que germina tristeza,
en este mediodía que clama el largo júbilo
de todo lo que es vivo
llega, aparece, afirma su adivinanza verde,
pronuncia su esperanza
el pájaro profeta.

SI NOS DEJARAN

Si quedáramos libres por completo,
tan libremente locos y libres como el aire,
desamarrados dentro,
devorando a bocados la justicia inmanente
perdida por los hombres,
abriríamos los brazos, las alas, los puñales,
conjugariamos verbos mortales a disparos,
estallidos, cordeles apretados al cuello,
verbos alucinados arrancando las lenguas,
desojando los rostros,
desentrañando cuerpos desplomados,
pintándonos, pintando de rojo las paredes,
los árboles, la noche,
pintándonos las manos de encarnado.
¡ Hay tanto que cobrar!

Si quedáramos libres, si un día se rompiera
la cortina del dique; si se nos desclavaran
tantas puertas cerradas,
tantos muros de celda,
clavaríamos los dientes en ese que sonríe,
en ese que promueve las llagas invisibles,
en ese que ha inventado la invisible cadena,
el suplicio invisible, las invisibles cárceles,
la forma de vivirse sin señales de vida,
la forma de morirse antes de muerto.

Si quedáramos libres en un largo galope
 bajo un cielo desnudo,
 desraznados, fieros, bañados en razones
 con exceso, lavados de temores,
 saldríamos a la calle para ser justicieros.
 O quizá se rompiera no sé que otra muralla
 y nos desplomaríamos sobre el cemento frío
 a llorar largamente un consuelo de lágrimas,
 aunque nos deben mucho.

Míralo por la calle cazando nubes, rostros,
 atisbando sonrisas y llantos interiores.
 Míralo. Va indeciso, platicando en voz alta
 con no sé quién, diciendo sinrazones:
 que el asfalto son ríos de una ciudad de luto,
 la hidrografía del duelo
 por la asfixiada tierra que está abajo
 y en vez de las raíces del árbol y del trigo
 sólo tiene cimientos ciudadanos;
 que muchos de los hombres y mujeres que pasar
 no son más que miedosos antropófagos
 que salen a comer con la mirada
 el gran sueño **incansible**
 de una boca festiva, una fragancia;
 que a veces, dos hambrientos coinciden y se miran.
 mirando se entrecomen,
 se van con hambre y nada;
 que son las grandes tiendas alcancías del diablo
 para atrapar ratones en un cielo
 de dioses en barata.

Míralo. Gesticula.
 Nació como borracho y no se cansa
 de caminar sin rumbo. Cuando llueve
 se sienta bajo el agua,
 se deleita fundiéndose como un terrón de azúcar

que va endulzando el suelo,
los botes de basura,
los postes de la luz y los zapatos.
Míralo. De repente se ha detenido. Mira
tristemente y callado
con la mirada más redonda y fija,
se pone a cuatro patas
en el nivel del perro que lo ha reconocido
como hermano.
Y juntos lloran. Angustiosas voces
dicen su amargo sino, el **sentimiento**
de ser perro y ser hombre.

A veces, en los parques, ve a los niños;
se acerca muy despacio;
con su mejor sonrisa les ofrece una hoja,
una mano, una piedra.
A veces, seriamente, contempla policías,
los mira con temor y no se acerca;
el soplo de un gran frío le corre por la frente
se le clava en los huesos.
A veces, si ha comido, carcajea
ante los uniformes y pistolas.
Entonces se lo llevan, lo interrogan con arte
y le alivian el cuerpo con sangrías.

Míralo. Vé sus gestos.
Síguelo. Ten cuidado.
Alguna vez advertirás su rostr
duplicando su rostro en el espejo.

PARA ACALLAR REBELDES

Persíguelo. Sujétalo. Préndele la garganta.
Túmbalo en esta piedra. Atalo en cruz.
Haz que levante el pecho, que lo alce
con la angustiosa y última respiración gimiente
y clávale el cuchillo.
Tájale las costillas con la verde obsidiana.
Sácale el corazón y la sangre caliente
mientras abre los ojos con la mirada última
y se apaga su boca con el último grito
y se queda callado para siempre.
Para que todos sepan el destino que aguarda
a los hombres que miren cara a cara a los dioses
y digan que por ellos sólo ronda el vacío;
a todos los que sueñen hablar de tú al ministerio
y dejarlo en sí mismo
como un diamante negro tembloroso y desnudo

SOLO PALABRAS

Sólo tengo una suma de letras engarzadas,
collares de chaquiras.

Tengo. Tenemos. Tienen.

Solo palabras,
sonidos que permiten hablar al pensamiento,
sonidos que construyen escrituras cifradas
que configuran sueños.

Palabras engendradas en la sombra,
que se gestan despacio en las fértiles tierras
de la meditación y del silencio.

Palabras: casi siempre lo más desamparado
que nace en este mundo,
pues la imagen es nuestra
pero el mundo es ajeno.

Este collar que ves, este abalorio,
esta estafa verbal, este espejismo
que te llega cantando
nunca será la casa que cobije tu cuerpo,
ni la sábana tersa que conformas de noche.
La voz no tiene peso
porque no fue nacida mensurable, corpórea,
materia procedente de otra materia madre
en un parto sangriento,
ni fue arrancada al monte
para labrar en piedra columnas, torres altas,
ni creció de la tierra como el maíz.

Palabras que conmueven los ámbitos del aire,
que en el papel se quedan manchando la blancura
y rara vez se entienden.

Palabras de profetas y mártires
prólogo de las tumbas.

Palabras integrando, deshaciendo en el aire
la jerga de Babel, lenguas inútiles.

Palabras mentirosas mientras cruzan los látigos
el cuerpo del cautivo y torpemente afirman
que se le está salvando;

mientras que el hambre muerde la consunción del hombre
y tercamente dicen que está siendo saciado;

mientras que se remachan los recios eslabones
y gritan sin cansarse

las letras corrompidas de una palabra triste:
libertad.

Y cuando los poetas usamos el lenguaje
y lo transubstanciamos en nuestros alambiques,
se manchan las palabras que apenas han nacido,
se infectan, se adulteran, se desploman en polvo.

A veces, por milagro, logran alzar el vuelo
e impulsan el espíritu de los hombres
con fulgor de nobleza
salvando la esperanza.

La acción no nombra, actúa, es por sí misma un rayo,
el golpe de una mano, la mano enamorada,

la revolución misma. el nunca más tiranos.
 Es verdad, pero antes de la acción animada
 que transfigura al mundo
 está el inútil canto que mueve el universo,
 fue dicha la palabra.

Un rumor sosegado está en el aire, tiende
 una voz uniforme, se incorpora a la tierra
 que ha vestido de gris los árboles,
 los ríos, malezas, flores, hojas.
 Un rumor sosegado me llueve sobre el cuerpo
 y mis pies enraíza.
 Suena en largas palabras el son de este misterio
 que ha transformado el día en un crepúsculo
 de infinita nostalgia.
 Suena la coracola con un gemir lejano,
 cercano, inubicable
 que pastorea menadas de animales silvestres,
 rebaños invisibles que funden sus pisadas,
 su aletazo de sombra, su reptar sigiloso,
 su unánime presencia.

Un rumor apagado se levanta, se ensancha
 en el ala del viento,
 un volar de gran río que desploma sus aguas
 arriba, en los balcones
 que rompen las cascadas,
 arriba, en la catástrofe de la casa celeste.
 Un llanto sin gemidos me toca sin tristeza,
 sin recuerdos que toquen cicatrices,
 sangre, labios abiertos de inevitables penas,
 ayeres de veneno.

Una música oscura me va sembrando riega
semillas que persisten
para que yo les ponga los vestidos de letras
madrinas de su ser, que en su momento
se revelen, florezcan.

Sencillamente llueve un caer sin conciencia
de su vuelo de lágrimas.
Sencillamente, el mundo se transforma en milagro,
multiplica a futuro los panes y los peces.
Sencillamente llueve el agua de los siglos,
la lluvia del entonces, del principio
cuando yo era silencio,
cuando todos los seres eran, calladamente,
una promesa extraña inscrita en una célula
que navegaba el tiempo y esperaba sin prisa
su momento.

Sencillamente llueve.
Y yo no tengo nada para escribir los nombres
con que consagraría la santidad del agua
que va diciendo a coro los versos de la lluvia
que los vientos penetran y acompañan.

MEDITACION DIALECTICA

Si las aves cantaran tan sólo en primavera;
si sólo cuando el cielo más de azul se pintara
esparcieran las aves sus canciones;
si la palabra íntima no pudiera nacer
sino cuando los aires no desgarran tormentas,
verde la tierra en calma
y nada de combate, hombre con hombre, hombre
consigo mismo, a solas;
si estuvieran prohibidas las hermosas palabras
que dicen lo que pasa cuando el amor nos muere
y el amor se quedara escondido en el fondo
personal, carcelario,
y no fuera un enorme clamor, la suma entera
del amoroso grito de los seres.
Si porque se combate irremediabilmente
en esta guerra sucia, no declarada, eterna
entre los que no tienen y los que tienen todo
no pudiera nacerse
una flor salvadora entre los muertos,
un poema entre el hambre,
un lamento de quena en la Quinta Avenida,
un beso de muchachos sobre el muro sangriento
de un campo de exterminio;
si lo que a mí me duele no es lo que a ti te duele

y alguien decreta un día
que cada cual se muera con su dolor a solas
y todas las ventanas se clausuren
y nadie grite al viento
! me duele el alma, hermano!

Si alguna vez, acaso ya está siendo, le ataca
esta peste a la Tierra,
más valdría yacer frío cadáver,
otra vez nada y polvo,
basura sacrosanta creadora de vida.
Porque entonces al hombre sólo sería el espejo
de una imagen impura,
la sombra, el soplo mudo
de lo que el hombre fue cuando vivía.

HAMBRE

Entonces es el hambre.
No la palabra breve que la anuncia
con dos golpes sonoros.
No los llanos, sencillos, inocentes
con que suele decirse que tarda la comida.
Entonces es: la hora en que este ser empieza
a comerse a sí mismo con dientes invisibles,
a devorarse a sí mismo por la noche y el día
poco a poco por los brazos y piernas,
el costado y la espalda,
su propia carne viva
sin sal y sin especias.

Entonces, cuando el hombre es empujado a ser
lo que no quiere:
antropófago en sí, porque no hay nada
que llevarse a la boca
sino este cuerpo suyo, mientras arriba dicen:
"Cómete, ésta es tu carne. Bebe tu sangre y calla".

Entonces es la hora de consumir las hondas soledades
que llenan de blasfemias las entrañas.
Entonces, en silencio,
este ser oye el canto feroz de sus esencias
que suplica sin ecos por los frutos terrestres.

Entonces nadie sabe, sólo él, a qué sabe
 el aire consumido
 con un poco de smog por condimento.
 Entonces es la hora
 de no poder soñar sino un gran sueño
 con amargor de hiel,
 de preguntarse las preguntas de fuego;
 cómo se come un plato de cultura
 y a qué pueden sabernos la paciencia de Job,
 los silogismos,
 un entremés de bellas primaveras,
 la elección de Miss Mundo, los oficios floridos
 de efebos purpurados.

Entonces es la hora,
 después de devorarse hasta los mismos huesos,
 de preguntar a todos los señores
 que padecen hartura,
 obesidad y hastío de manteles,
 si ha llegado la hora de morirse
 a mayor gloria suya,
 si ha llegado la hora
 de conjuntar los lívidos suspiros,
 las manos fantasmales,
 la furia de los muertos y los vivos,
 el abandono de los olvidados,
 el Día del Hambriento,
 y que la buena muerte los ahite de blandas bendiciones,
 los sorprenda saciados.

Yo sin sueño buscándote, buscando
 una imagen de sueño derramada
 por aquí dentro, aquí, por el paisaje
 que ha escondido su voz y su figura.
 Yo sin sueño, de noche, con la almohada
 sudorosa, y por traje
 la piel con que mi madre me vistiera
 cuando me daba cuerpo para el viaje.

Yo sin sueño, soñándola despierto,
 viendo sin ver, velando su fantasma,
 conjurando su nombre por el aire
 cálido del verano, en la llanura
 más de no sé qué sitio, entre las zarzas
 donde busco fragmentos de vestido,
 algo, el botón del pecho,
 algo, sus dedos tibios,
 algo, su pie pequeño,
 algo, su muslo fino,
 un poco de sonrisa para entreabrir mis labios,
 un abrazo pequeño que se hubiera caído
 de sus brazos,
 sus ojos con la lumbre de su estrella gemela,
 las llanuras delgadas de su espalda

y más, su doble ascenso sabiamente medido,
y más, aquel milagro nacido con su cuerpo,
puro misterio íntimo.

Yo sin sueño, buscando un caudal de palabras,
gritando entre los montes en espera del eco.

Y la noche pasando.

Y la noche pasando sobre mí Y la distancia
entre los dos pasando con los ojos cerrados.

Y los aires pasando tan desnudos y negros
sin resplandor de estrellas.

Pasando y yo despierto.

buscándola, buscando

y sin hallarla aquí, sobre mi lecho.

NO ESCRIBO EN LAS PAREDES

Ya no puedo escribir en las paredes.

Ya no puedo escribir con rápidos brochazos

un chorreante "¡Mueren los asesinos!". Seco
la pintura en mis manos.

Porque en estas paredes se han clavado iracundas
tantas ardientes vísceras de fuego
que ya tantos clamores confundidos
dicen menos que nada.

Además, es sabido que las omnipotencias
padecen de ceguera,
se amurallan en frío cuando miran
las paredes pintadas.

Lo siento. No se encoge
dentro de mí ni un pelo ni un latido.
Solamente confieso que no puedo
iluminar con letras de mi caligrafía
estas paredes blancas como niña inviolada
que atraen frases ardientes, machísimas virtudes,
sonoras amenazas, gloriosos epitafios.

— Dígame, señor ministro de la Seguridad Pública
de algún lugar del mundo.

¿a cuánto asciende el presupuesto
para devolver la virginidad a las paredes?

Porque desde hace siglos las paredes han sido
largas cartas abiertas de los apaleados,
fusilados, crujientes en sus huesos, heridos
en su más hondo ser,
engañados y muertos en los llantos y sierras,
en las calles lucientes de joyas importadas,
en los sótanos fríos donde el agua chorrea
en hilos de pus negra y silenciosa.
Cartas que eran sencillas como un par a las doce,
que nombraban culpables,
cartas de los que tienen los caminos cerrados,
Parlamentos cerrados, esperanzas acaso
entrecerradas.
Y yo no sé de nadie que alguna vez, un día,
haya dado respuesta a tanta carta.

No puedo ya escribir en las paredes.
Lo siento. Yo quisiera
utilizar sus hojas lucientes, o manchadas
por esa terca mano indiferente
del sol y de la lluvia.
Además —y ésta es la clave, Mr. President,
usted lo sabe sin la menor duda—,
considero que han puesto las paredes
en las calles
para que prosigamos nuestro inútil oficio
de escribanos
en estos tristes muros de las lamentaciones.
Y me digo:
debe haber otras formas de acabar con los ciegos,
de acabar para siempre con los analfabetos
que no saben leer en las paredes.

HE DICHO

He dicho las palabras.
He nombrado las cosas que nos dan compañía.
He bautizado sombras, resplandores, silencios.
He muerto muchas veces para llevar los ojos
vestidos de sudario al hielo de la muerte,
para resucitarme y regresar callado
al aclarar el día.

He dicho con palabras el pensamiento mío,
mi corazón abierto, mi soledad cerrada.
He tocado los ojos de los hombres llorando,
a las tibias mujeres enclaustradas.
He mirado hacia abajo y hacia adentro.

Escuché cómo suenan las gotas de las fuentes
que fluyen subterráneas
y caen desde los techos de las hondas cavernas
y desploman sus lágrimas despertando a los ecos
que repiten los nombres que a nadie le decimos.
He dicho las palabras con que el amor despierta
abre sus ojos, mira sin saber qué le pasa,
en qué milagro vive,
qué relámpago doble le desangra las venas.

He dicho las palabras que rescatan los sueños
de sus alas sin bridas,
de sus dientes furiosos desmantelando altares.
He dicho las palabras que rondan el misterio
y apenas si deslizan el tacto de sus letras
sobre un grávido vientre percibiendo rumores,
que absorbe la sustancia de lo que nadie sabe,
de lo que es inminente y nunca y nos invita
a penetrar la nada
para que entre sus labios aparezca su nombre.

He dicho las palabras hermosas y sencillas
con que se dice cama, sol, amigos, hermanos,
comedores de látigos,
de un poco de sonrisa
y un universo entero de esperanza.

He dicho: éste es mi nombre; éste que veis, mi cuerpo.
Grito lo necesario para no envenenarme,
para dejar señales de luciérnaga,
de cántico de ahora y de nunca jamás.

He dicho las palabras de un amante a su amante
aún sin haber nacido, tal vez muerta
en un campo vacío.

He dicho las palabras. Las digo y sólo quiero
que me pronuncien bien
allí donde mis pasos van y vienen,
donde vienen y van mis pensamientos.

LA RAIZ ELECTRICA

Daniel González Dueñas

Seudónimo: Aengus

He dicho las palabras que rescatan los sueños
de los que se pierden en el camino
de los que se pierden en el camino
de los que se pierden en el camino
He dicho las palabras que rozan el misterio
y apenas si deslizan el tasto de sus letras
resonando en los oídos percibiendo ruidos,
que abre la existencia de lo que nadie sabe,
de lo que es humano y nunca y nos invita
a penetrar lo nada
para que entre sus labios aparezca su nombre.

He dicho las palabras hermosas y sencillas
con que se dice carne, sal, amigos, hermanos,
comedores de látigos,
de un poco de sanidad
y un universo entero de esperanza.

He dicho: éste es mi nombre, éste que veis, mi cuerpo.
Grito lo necesario para no caerme,
para dejar señales de latido,
de cédula de ahora y de nunca jamás.
He dicho las palabras de un amante a su amante
aún sin haber nacido, tal vez muerta
en un campo vacío.
He dicho las palabras. Las digo y sólo quiero
que me pronuncien bien
allí donde mis pasos van y vienen,
donde vienen y van mis pensamientos.

I el árbol morada

La voz que sostiene la mirada
está en los ojos.
Los océanos son la humedad
de los globos oculares del espacio.

el dolo moria

La mar que satisface la mirada
está en los ojos.
Los océanos son la humedad
de los globos oculares del espacio.

los miradores no son los ojos del paisaje
sino el punto donde el paisaje fija la vista

para que mirar sea mirarse, los miradores
recuerdan, a quien contempla, que es contemplado

los miradores no son los ojos del paisaje
sino cuando hay ojos que se detienen para verse

para Antología

de tanto pensarte
ya no sé distraer el mundo

de tanto olvidarte
comienzo a recordar lo que no fuimos

de tanto batallar con tu victoria
termino por dar tregua a la derrota

de tanto no ser tú
vivo junto a mí disfrazado con tu ausencia

porque todos ocurren tras los ojos
en la húmeda erupción
en la sed de transparencia

en qué puero conocer la espera
en qué nave saberse de regreso
en qué instante naufragar

Recuento

para Antonieta

el agua tiene contornos y no límites
cuando trepa es verde y cuando cae dorada
se va de pesca y deja anzuelos
en las nevaduras del sol
ama el desierto que hay tras de los ojos
donde llueven fuego y aerolitos secos
busca los ríos de lava y las erupciones
para soltar en la cresta de las llamas
brotes de frescura
hielos solares
los incendios pueden apagarse con la vista
porque todos ocurren tras los ojos
en la húmeda erupción
en la sed de transparencia

1

No son los gallos
quienes hunden el cuchillo en la alborada
ni en sus gargantas
la luz entona su canción
Es otra daga, otro filo abrupto
otra herida hace la noche día
Otro canto

2

El alba es un desgarramiento
tan terso como el espejo del patio
cuando se va desempañado,
con la luz

3

Un cuchillo se hunde
y la gasa apenas ondea
Pero no son los gallos
porque todo sucede
en el espejo

Recuento

Es triste el amor
pero hermoso este muro de piedra

Es triste el amor
pero reluciente la semilla de luz
que cae del cielo

Es triste el amor
pero soberbio el vino del recuerdo

1.
 No son los gallos
 que se levantan al amanecer
 sino los que se levantan al amanecer
 cuando se va despertando
 con la luz
 Ocho canto

2.
 El alba es un despertamiento
 tan lento como el despertar
 cuando se va despertando
 con la luz

3.
 Un cuchillo se hunde
 y la cara apenas ondea
 Pero no son los gallos
 porque todo sucede
 en el espejo

II
el verbo ordenancista

Los fuegos de artificio son...
 se elevan en el aire: las frondas...
 Cuando una feria se instala en las afueras de los pueblos,
 busca un sitio consultando el mapamundi que hay en la
 parte interior de las techugas. Los coheteros esperan
 la noche para que los artificios de pólvora hagan notorios,
 por momentos, los artificios de la noche. Una feria sólo
 existe dentro de ella.

α J. J. Arreola

Los fuegos de artificio son renuevos de los árboles que se elevan en el aire: las frondas estallan noche y día. Cuando una feria se instala en las afueras de los pueblos, busca un sitio consultando el mapamundi que hay en la parte interior de las lechugas. Los coheteros esperan la noche para que los artificios de pólvora hagan notorios, por momentos, los artificios de la noche. Una feria sólo existe dentro de otra.

Los megalitos toman sus medidas: reproducen los sonidos del Principio y la bravura del Esultor, descansan la cabeza en la niebla y los pies en minerales suaves y blandos, desorientan la mirada y destemplan las cuerdas vocales, no se manifiestan sino en cuerpos sonoros y su fuerza de expansión es mayor en los sueños. Pero no duermen: vigilan las orillas del despertar. La piedra se levanta para mantener de pie la lluvia.

La demasía mantiene sujetas las esporas, cubre el Centro en sus lugares húmedos, embriaga e importuna, ramifica las matas de trigo, abre orificios por donde se pueden arrojar proyectiles a los sitiadores de la ciudad amurallada. La demasía es un lienzo muy fino que representa el arte del halconero, una embarcación pequeña de mil palos que se transforma en luz cuando el agua arde en lenta combustión. La demasía resulta de combinar los Diez Mil Seres y un solo par de ojos, la vigilia y las fuerzas, el fervor y los labios, las acciones y los libros sagrados. Mesurar no es concebir sino diferenciar, ejercer funciones gentiles en los sacrificios, modificar a impulsos del viento. Mesurar no es disimular la demasía sino indagarla en cuatro vetos de cerámica sencilla. Hacer pespuntos en la rueda de los astros para conseguir en una sola puntada las plantas y animales, la nota sostenida y la obra negra, todo ello hace de a medida discreción: romper el fondo de una barca es dar con el alma.

Toda máscara es la biografía que quiso ceder a sus instancias. En menos de lo que canta un gallo los huesos del cráneo se atan con juncos, doctrinas y enjundias. Arrebatarse la máscara es dar con hojas o láminas de madera o metal, sucesivos discos de barro, frutos cuyo pericarpio se abre errante, filtros y coladores de mueca convulsa, crisoles en que humea sin flama, esferas celestes, cuerpos de blasón, ruedas de esparto coronados de racimos pertinaces, divisas angélicas, espejos en figura de cuerno que llevan la sangre y emancipan los enigmas de la expresión. Pero el rostro, ese logogrifo sujeto a juicio, esa florescencia refractaria, ese noble lujo reproductor, no asoma sino a golpe de guitarra y remordimientos, no emerge sino en antífonas con carga eléctrica, en el lenguaje de los niños, en los esponjosos apuntes del amor. Los oficios del día no transgreden la ley divina, las caretas pulverulentas, la tintorería heredada a los descendientes, la dirección de las vetas en la madera del Tabernáculo.

El rostro se destina a la cría de existencia, a la persona labrada con membranas de adorno, a la lisura en que se apoyan los dedos al andar. Que nadie hable sin dignidad, que nadie se despoje de los mantos, que nadie ame los pájaros cantando a coro, que nadie ose pasar de máscara a máscara una corriente de acción dramática o caballerías con viento norte o cuerpos orgánicos en danzas indias. Ningún rasgo sin punta

superpuesta, ningún molino de viento sin arpón o anzuelo, ningún enamoramiento de contraveneno al grueso de los labios. El gallo cantará en menos de lo que se fermentan las miradas en las diversas capas, ese canto habrá de esfumarse en menos de lo que se custodian los quebraderos de cabeza, en menos de lo que se marcan los naipes y se carda la lana: sólo rotaciones invertidas, sólo pretensiones y méritos, circunloquios, hierro fundido sobre la corteza terrestre, escolta para los juegos y comercio de empresas y compresas. Los anteojos dobles son insignia de victoria y las jaulas portátiles el clero regular.

La cara, gema mineral, escalera del monte de Venus, memoria ordenadora, calla: su arte de leer lo antiguo queda en guarnecer con muebles los baldíos, tomar los hábitos de la modalidad para hacer monjes que regulan las horas canónicas y soplan en forma de cruz cuando los centros amenazan con salir a la intimidad del mundo. Monjes que imprimen un movimiento de rotación continuo y adoptan los patrones, las multas, las penas y penitencias. Y mientras tanto el olivo produce las campanas de chimenea, los muros se ponen negros al presentarse las nubes, los juguetes de madera hacen incursiones inadvertidas en las aulas. Y mientras tanto la mano izquierda narra lo que es propio de albañiles góticos, y las tauromaquias se hacen transparentes al convertirse en selva los tableros del redondel. Las caretas corroen el rostro, pero también lo destacan: los vientos colados por el orificio de los ojos han de generar canales por la abertura de la boca. La escafandra es también torno de alfarero: en el árbol la corteza, de tanto arder, abrirá la puerta al bosque interno.

To be whole is to be part;
true voyage is return.

Ursula K. Le Guin

La piel, esa ilusoria frontera donde los ramajes, senderos y canales navegables cambian de sustancia pero no por ello dejan de transmitir los mensajes, pasar las contraseñas, recrear la vida, plural alquimia insaciable. (La sangre es una, aunque a veces se llame savia, lava o éter.)

El espíritu, ese tan concreto territorio donde toda sustancia abreva pero no por ello deja de tener rostro y voz para ir deletreando la vida, unívoca alquimia saciada de sí misma. (La sangre también se llama alma, y el alma es unos cuantos seres que a cada uno de nosotros dan voz, y rostro, nos circundan permitiéndonos escribirlos y así escribirnos en el retorno.)

Onfalos es algunas miradas, unos pocos encuentros, muy pocos. Mi centro está descentrado en ciertos nombres, en un pequeño número de sitios donde todas las sustancias son tangibles, y en primer término aquellas que son insustanciales. (El alma es unos cuantos seres, por eso está descentrada. Pero al final, para retornar al Centro, para ser todos los seres, todos los nombres, todos los sitios, el alma de cada uno es una sola mirada, un solo encuentro, un solo ser.)

LA RAZ ELECTRICA

El camino perfecto no tiene dificultades,

sólo hay que evitar III tentaciones;

únicamente cuando todas las mansiones

se comprenda todo al momento.

No hay que preocuparse del bien ni del mal.

El conflicto entre bien y mal

es la peor enfermedad de la mente.

Dígan.

¿Cómo podría aprenderemos senderos en el rostro para

¿cuando los alientos?

¿cómo puede seguir danzando con los huesos

¿cuando la de la verificación?

¿cómo soplos separados por las copas del aire, brisas

(del sacrificio

y la cía del ojo blanda la imagen con una estrofa

del empujar el fuego

la pupila es el único signo de producción

¿cómo qué edificar torres por distorsión del control?

y labor máquinas que arman del suelo nubes de

¿cómo?

¿cómo la cara, ¿cómo el viento?

¿cómo verbo está en la cara perfecta?

¿cómo unida es de vital

¿cómo sentido es contraproducción

To be whole is to be part;
his voyage is return.
Ursula K. Le Guin

III

Los senderos son líneas que parten desde los caminos, senderos y conchas navegables, caminos de senderos, pero no por esto dejan de transmitir las palabras, postas, los contrasenos, restan la vida, plural, alquitrán, pero la sangre es una, aunque a veces se llame surra, surra o surra.

El espíritu es un concreto limitado, donde toda distancia abreva pero no por ello deja de tener rostro y voz para ir delineando la vida, unívoca, aunque variada de sí misma. La sangre también se llama vida, y el alma es uno, cuando surge que a cada uno de nosotros darver, y restan, nos circundan, persiguiéndonos, escribiéndonos y así escribiéndonos en el interior.

Orbitas en algunas miradas, una pocas, encuentros, muy pocas. Mi centro está descentrado en ciertos momentos, en un pequeño número de ellos donde todos los sustanciales son tangibles, y en primer término aquellos que son insustanciales. El alma es uno, cuando surge, por eso está descentrada. Pero al final, para retornar al Centro, para ser todos los seres, todos los caminos, todos los sitios, el alma de cada uno es una sola, cuando un solo encuentro, un solo sitio.

LA RAIZ ELECTRICA

El camino perfecto no tiene dificultades,
sólo hay que evitar las distinciones;
únicamente cuando se deja de escoger
se comprende todo claramente.

No hay que preocuparse del bien ni del mal.
El conflicto entre bien y mal
es la peor enfermedad de la mente.

Dógen

¿hasta cuándo grabaremos senderos en el rostro para
(medir las alturas?)

¿hasta dónde seguir danzando con los huesos
(puntiagudos de la vergüenza?)

somos soplos separados por las capas del aire, briznas
(del sacrificio
y la cría del ojo blande la imagen con dura estocada
(al empezar el juego

la pupila es el único signo de puntuación
¿para qué edificar torres por distinguirse del caracol
y labrar máquinas que arrancan del suelo nubes de
(polvo

para no ser como el viento?

todo verbo está en tercera persona
toda arteria es de cristal
todo sentido es contraproducente

sin moldes beber el pasado mañana, la raíz eléctrica
(de los bosques
dos amantes callados son el foso paralelo a la plaza
(que se asedía
la noche suelta sus huestes en las orillas del año-luz
¿hasta cuándo mirarte será mecer futuro anticipado,
(hacer que el ojo divida en rajadas lo duro
(de los riachuelos?
me pondrás tu nombre como una marca, me harás tan
(sólido como un arroyo
tan fluido como tener hijos conmigo mismo
me harás verbo sustantivo, camino de la buena suerte,
(trampa de la tarde
un torrente de injurias compuesto de ruedas dentadas:
(el eje vertical del mundo podría tocarse
(como una trompeta
tu nombre tiene pasadizos secretos, compendios de los
(puntos cardinales
repeticiones de un sol que reedifica su casa, saltador
(del tiempo que perdura
el que dispara la saeta ¿ojea con ella o espanta la caza?
en un abrir y cerrar de ojos se impregna de ti la red y
(ya no incita los párpados a ingresar
(en el invierno

habré de hipnotizarte con palabras para que me hagas
(despertar, para que germines y sueltes
(en las grutas los verdaderos colores
girasol, descaro de la máscara, espiral equilibrada en su
(propia disgregación, albatros mensajero
te colecciono sin que arraigues en las hojas pautadas
del olivo tu nombre parque reservado, tu nombre piedra
(de toque, tu nombre en que se respalda
(el silencio de estar lejos
hablarte, despropósito mediterráneo, oficio de jaguares
(manchados con tinta invisible
no queda sino unir los extremos de tu mirada y lazar a
(Saturno de modo ímpune, huir de la travesía,
(del aguacero de tres sépalos, de la
(vela que no duerme, del combate de
(la distancia contra los atributos
no quiero decirte para ornamentar el llamado, ni llamarte
(en vocablo confesionario
ensalmo de ciertas cosas ciertas, tu nombre es el reojo
(del mundo
el modo de ver del polen, el blando maderamen que
(emana pájaros carpinteros
a nave central de una cuerda floja

tu nombre, canción de curanderos, se apresura a bautizar
(los intervalos, se fija en la seda que computa los años,
(se tiende al sol con delicadeza de lagartija
cada vez ir a menos llegar ¿es principio o consonante?,
(¿sabrás de mí en no pronunciarte?, ¿llegará por fin
(el lado oscuro de la sombra como el perfil
(que roba el templo a la montaña?

para amansar tu nombre predicar con pájaros, formar una
(galería donde los árboles poden todo filo
correr hasta igualar la lejanía y ponerle en la grupa los
(estados de ánimo
explorar los cambios hasta hacer presente la invariable,
(intencionada solidez del agua
tu nombre está manchado de blanco en las patas y lleva
(en el hocico una medialuna

para que no seas circunstancia u oficio de manifestarte,
(hablar del ruido y del precoz idioma que no existe
(sino tras el ojo y en mudanza
debajo de la piel hay un cuerpo compuesto en que giran
(las frutas, sobrevuelan los altares,
(reverberan los espejos

entre colmillos y asaltos estrechos, tu nombre diurno es
(un árbol sumergido en agua tumultuosa
un río tenso entre dos ceremonias, un silencio que cita
(horas y lugares o prosigue un poema
(comenzado por cualquiera
¿robar el lenguaje del animal que desova, el palacio
(megalítico de subsuelo?
mudar tu nombre como él mismo cambia de silencio
como un color que el blanco desconoce
como una ventana que sólo sirve para pescar rostros
(flotantes
dejar que te siembres en tu nombre, que sus potros se
(desbanden tanto que se encuentren al perderse
(en la llanura
ponderar el semblante de tus bestias unicornes
quizá por fin florecer en el punto donde la vista aventaja
(el espacio recorrido

si no ¿qué poner al final de la constancia, del poema que
(es sólo cuando más contagioso se vuelve?
se escapa el fuego por la penúltima sílaba
se rumia en la piel desnuda sin hermanar palabra y
(tacto, lo semejante con lo navegable
al que guía ¿hasta cuándo le serán inasequibles las
(formas reflexivas y el vino encendido
(que salta de la lumbre cuando
(la fragua se mete a hornear?
¿qué tan lejos estará el decirte mientras no bañe al azufre

(en mercurio y no unte con breca
(las cosas del saber?
¿por eso el poema es no buscarte, seguir en mí para
(ausentarme, ascender de espaldas las escalinatas
(de tu noche?
la copa que bebe al laberinto es la sed que se pierde
(entre tus labios

¿hasta cuándo el poema colmará la herejía del reingreso?
¿qué otro puerto sino la deriva?
somos eco que grita para tener oídos
vaso comunicante, tu sexo registra el deseo de las
(constelaciones
por ello deletereo desde tu aliento la partida que juegas
(con tu cuerpo
la nebulosa escribe tu palabra con huecos preparados de
(tal forma que dan su vacío a las
(estrellas palatinas

galáctico molino de agua, electricidad para tejer tus
(silencios, reunión de mareas ascendentes
tu nombre es cifra para poner en movimiento el tiempo
(venidero

juego de niños, manantial que nada sobre aguas vivas,
(proseguir tu nombre

rebelarse a toda pronunciación y soltar renuevos para
(que trepen las enredaderas

oráculo del trueno, primera semejanza, tu nombre es la
(proa

baño de paz dividida en láminas de caracol
durante la consagración
en que el universo
se hace habitante
de sí mismo

¿verdad los años? ¿verdad los años?
 (proceder tu nombre)
 ¿por qué no tienes, ¿verdad en el tiempo le que hoy?
 ¿verdad los años? ¿verdad los años?
 (que tienen las estrellas)
 ¿verdad los años? ¿verdad los años?
 (proceder tu nombre)
 ¿verdad los años? ¿verdad los años?
 (proceder tu nombre)
 ¿verdad los años? ¿verdad los años?
 (proceder tu nombre)
 ¿verdad los años? ¿verdad los años?
 (proceder tu nombre)
 ¿verdad los años? ¿verdad los años?
 (proceder tu nombre)
 ¿verdad los años? ¿verdad los años?
 (proceder tu nombre)
 ¿verdad los años? ¿verdad los años?
 (proceder tu nombre)
 ¿verdad los años? ¿verdad los años?
 (proceder tu nombre)

epílogo
descaro de la máscara

Vivir como si alguien te estuviera
 mejor recuerdo de su vida. Vivir como si alguien te es-
 tuviera recordando. Vivir como si alguien...
 Saber esperar. Todo lo que vale la pena está aquí y
 ahora. Este es el instante. Este es el presente. Pero todo
 en lugar...
 Los que ven lo que sucede. Los que preguntan para ver
 qué sucedió. Los que hacen cosas para ver...
 Al esquivar la piedra dar en la florista.
 Resulta inconcebible que después de traspasar una puerta
 ya estar siendo yo del otro lado.

*
Vivir como si alguien te estuviera recordando como el mejor recuerdo de su vida. Vivir como si alguien te estuviera recordando. **Vivir** como si alguien.

*
Saber esperar. Todo lo que vale la pena está aquí y ahora. Este es el instante. Este es el presente. Pero tarda en llegar.

*
Los que ven lo que sucede. Los que preguntan para ver qué sucedió. Los que hacen suceder para ver.

*
Al esquivar la piedra das en la floresta.

*
Resulta inconcebible que después de trasponer una puerta siga siendo yo del otro lado.

*
 Un pájaro, una pelota, una toalla húmeda: para qué
 más que la verdad.

*
 Te veo de frente. Pero no te veo porque estoy de frente.
 Estoy de frente porque te veo.

*
 El cantor canta sabiendo que canta. El trovador canta
 sabiéndonos canto.

*
 Si hay viajes en el tiempo (como si fuera espacio), hay
 transcurrir en el espacio (como si fuera tiempo).

*
 Caminas hacia las cosas. Las cosas caminan hacia ti.
 El camino no eres tú ni las cosas. Pero camina. Sólo él
 camina.

*
 Reflejarse no es verse al espejo sino verse espejo.

SORAR DESPIERTO. Gabriel García Márquez

Con las mismas palabras 13

Pobres 15

Dura la noche y el día 18

Mientras los otros pasan * 21

Olvidamos para que otros puedan recordar. Lo que to-
 dos olvidan al mismo tiempo, uno lo recuerda. El mundo
 es lo que todos recuerdan a la vez. 24

Batallas de la B para una boca 31

Bautismo 33

Mujeres 35

Vé la mujer 37

Matriz celeste 39

Tal vez señor, tal vez 41

Fátima profeta 43

Si nos delatan 47

El loro 49

Para acallar rebeldes 51

Séic palabras 53

Llave 55

Meditación dialéctica 57

Hambre 59

Y la noche pasando 61

No escribo en las paredes 63

He dicho 65

SOÑAR DESPIERTO, Gabriel García Narezo

Con las mismas palabras	13
Pobres	15
Entre la noche y el día	18
Mientras los aires pasan	21
Según	23
Memoria del cuerpo	25
Visto y no visto	27
Iba Solo y Callado	29
Balada de la B para una boca	31
Bautismo	33
Mujeres	35
Visita al mar	37
Matriz celeste	39
Tal vez soñar, fluir	41
Pájaro profeta	43
Si nos dejaran	47
El loco	49
Para acallar rebeldes	51
Sólo palabras	52
Llueve	55
Meditación dialéctica	57
Hambre	59
Y la noche pasando	61
No escribo en las paredes	63
He dicho	65

en Imprenta California, La Paz,
B. California Sur, el día 25 de
febrero de 1964.
Casta de este ejemplar y sus
utilizadas en este papel son 25
libras para interiores y 2500
fund cost para portadas.

LA RAZA ELECTRICA, Daniel González Dueñas

I/El árbol morada

La mar	71
Los miradores	72
De tanto pensarte	73
En qué puerto	74
El agua	75
No son los gallos	76
Recuento	77

II/El verbo ordenancista

Los fuegos de artificio	81
Los megalitos	82
La demasia	83
Toda máscara	84
La piel	86

III/Todas las mansiones

La raíz eléctrica	89
Epílogo/descaro de la máscara	97

Siendo gobernador del Estado de Baja California Sur el Licenciado Víctor Manuel Liceaga Ruibal se llevó a cabo la presente edición en Impresora California, La Paz, B. California Sur, el día 28 de febrero de 1989.

Consta de mil ejemplares y fueron utilizados en ella papel bond 20 libras para interiores y papel feed coat para portadas.



GOBIERNO DE BAJA CALIFORNIA SUR
SECRETARÍA DE BIENESTAR SOCIAL
DIRECCIÓN DE CULTURA



**Programa
cultural de
las fronteras**